

Edith Wharton

La casa de la alegría

Alianza editorial

Título original: *The House of Mirth*

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Ainize Salaberri, 2026

© Alianza Editorial, S.A., 2026

Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-230-6

Depósito legal: M-151-2026

Printed in Spain

Índice

Libro I	9
Capítulo 1	11
Capítulo 2	28
Capítulo 3	41
Capítulo 4	62
Capítulo 5	79
Capítulo 6	96
Capítulo 7	112
Capítulo 8	128
Capítulo 9	145
Capítulo 10	163
Capítulo 11	176
Capítulo 12	188
Capítulo 13	204
Capítulo 14	219
Capítulo 15	246

Libro II	263
Capítulo 1	265
Capítulo 2	283
Capítulo 3	303
Capítulo 4	321
Capítulo 5	336
Capítulo 6	351
Capítulo 7	367
Capítulo 8	378
Capítulo 9	395
Capítulo 10	409
Capítulo 11	430
Capítulo 12	442
Capítulo 13	451
Capítulo 14	469

Libro I

Capítulo 1

Selden se detuvo, sorprendido. Se alegró de ver a la señorita Lily Bart en el ajeteo vespertino de la Grand Central Station.

Era un lunes de principios de septiembre y volvía del trabajo tras una incursión apresurada en el campo; pero ¿qué hacía la señorita Bart en la ciudad en esa época del año? Si le hubiese parecido que estaba cogiendo un tren, hubiese supuesto que se había cruzado con ella en plena transición entre las dos casas de campo que se disputaban su presencia tras el final de la temporada de Newport; pero le asombró su apariencia y aire casuales. Estaba apartada de la multitud, permitiendo que se moviesen hacia el andén o la calle, con una especie de indecisión que podría ser, tal y como él conjeturó, la máscara de un propósito de lo más definido. Le pareció que podía estar esperando a alguien, pero no lograba entender por qué lo pensaba. No había nada nuevo en Lily Bart, y aun así nunca era capaz de verla sin un ligero movimiento de interés. Era muy característico por parte de Lily que provocase cierta especulación, que sus actos más simples pareciesen el resultado de intenciones trascendentales.

La curiosidad hizo que tomase un desvío y que, en vez de ir directo a la puerta, pasase a su lado. Sabía que si ella no quería ser vista, se las arreglaría para evitarlo, y le divirtió mucho poner a prueba su habilidad.

—¡Señor Selden! ¡Menuda suerte!

Se le acercó sonriendo, deseosa, podría decirse, decidida a interceptarlo. Una o dos personas, al pasar a su lado, se quedaron mirando, porque la señorita Bart era una mujer que cautivaba hasta al viajante más provinciano que corría para coger el último tren.

Selden nunca la había visto más radiante. Su rostro alegre, tranquilo en contraposición a los aburridos matices de la multitud, la hacía más llamativa que en un salón de baile, y había recuperado, bajo su sombrero oscuro y su velo, la tersura juvenil, la pureza de la luminosidad, que había empezado a perder tras once años trasnochando y bailando sin parar. ¿Fueron realmente once años, se preguntaba Selden, y de verdad había cumplido los veintinueve años que le achacaban sus rivales?

—¡Menuda suerte! —repitió—. ¡Qué amable por su parte venir a rescatarme!

Él le respondió alegremente que hacerlo era su misión en la vida y le preguntó cómo quería ser rescatada.

—Oh, me da igual, me va bien incluso que se siente conmigo en un banco y que me hable. Hay fiestas que aguantamos sentados, así que ¿por qué no un tren? Aquí no hace mucho más calor que en la galería de la señora Van Osburgh, y algunas de las mujeres no son menos feas —soltó de repente, riéndose, para explicar que había llegado a la ciudad desde Tuxedo, de camino a casa de los Trenor, en Bellomont, y que había perdido el tren de las tres quince a Rhinebeck—. Y no hay otro hasta las cinco y media. —Miró la hora en el pequeño reloj enjo-

yado que llevaba entre los encajes—. Dos horas de espera. Y no sé qué hacer. Esta mañana mi doncella vino para hacer algunos recados por mí, y se iba a la una a Bellomont, y la casa de mi tía está cerrada y no conozco a nadie en la ciudad. —Echó una mirada lastimera a la estación—. Al final SÍ que hace más calor que en casa de la señora Van Osburgh. Si tiene tiempo, lléveme a algún sitio a tomar el aire.

Él le dijo que estaba a su entera disposición: la aventura le pareció de lo más entretenida. Como espectador, siempre había disfrutado de Lily Bart. Y su trayectoria estaba tan lejos de su órbita que le divirtió verse envuelto por un momento en la repentina intimidad que implicaba su proposición.

—¿Qué le parece si vamos a Sherry a tomar una taza de té?

Ella asintió con una sonrisa, pero después hizo una leve mueca.

—Los lunes viene mucha gente a la ciudad, así que resulta muy fácil encontrarse con gente aburrída. Soy tan vieja como Matusalén, claro, y debería darme igual pero, aunque yo sí sea muy vieja, usted no lo es —se opuso con alegría—. Me muero por tomar una taza de té, pero ¿no hay ningún sitio más tranquilo?

Él respondió a su sonrisa, que permaneció en él vívidamente. Le interesaba lo discreta que era tanto, o más, como lo imprudente que también era: estaba convencido de que ambas cualidades formaban parte de un plan cuidadosamente elaborado. Cuando juzgaba a la señorita Bart, siempre lo había hecho desde el mismo «argumento de diseño».

—Los recursos de Nueva York son exiguos —dijo él—, pero, primero, buscaré un cabriolé, y luego ya nos inventaremos algo. —La guio por entre la multitud que volvía de vacaciones, pasando junto a chicas de rostro cetrino que llevaban

sombreros ridículos y mujeres de pechos planos luchando contra fardos de papeles y abanicos de hojas de palmera. ¿Acaso era posible que ella perteneciese a la misma raza? La suciedad, la crudeza de esta sección mediocre de la femineidad le hizo verlo distinguida que era la señorita Bart.

Un breve chubasco había enfriado el aire y las nubes aún pendían agradablemente sobre la calle mojada.

—¡Qué delicioso! Caminemos un poco —propuso ella mientras salían de la estación.

Giraron en la avenida Madison y comenzaron a andar hacia el norte. Mientras ella se movía junto a él, con sus pasos largos y ligeros, Selden fue consciente de que su cercanía le provocaba un placer lujurioso: la forma de su pequeña oreja, la definida onda ascendente de su pelo —¿había sido siempre tan claro?— y el abundante follaje de sus rectas pestañas negras. Todo en ella era vigoroso y exquisito y, al mismo tiempo, fuerte y refinado. Él poseía la confusa sensación de que crearla debía de haber costado mucho dinero, que, de algún modo misterioso, debían de haber sacrificado a un montón de gente aburrida y fea para producirla. Era consciente de que las cualidades que hacían que destacase entre el rebaño de su mismo sexo eran puramente externas, como si hubiesen aplicado una fina capa de belleza y meticulosidad sobre arcilla vulgar. Pero la analogía no le satisfizo del todo, porque de una textura áspera no puede obtenerse un acabado extraordinario. Y ¿no era posible que el material fuese refinado, pero que las circunstancias le hubiesen moldeado en una forma inútil?

El sol salió justo cuando él llegaba a esa última suposición, y su sombrilla abierta terminó con su placer. Un instante después, ella se detuvo con un suspiro.

—Oh, querido, tengo mucho calor y estoy sedienta. ¡Qué lugar tan horrible es Nueva York! —Miró con desesperación a

los dos lados de la deprimente calle—. Otras ciudades sacan sus mejores galas en verano, pero Nueva York parece estar manga por hombro. —Sus ojos deambularon por una de las calles aledañas—. Alguien ha tenido la humanidad de plantar unos cuantos árboles allí. Vayamos a la sombra.

—Me alegro de que le dé el visto bueno a mi calle —dijo Selden mientras doblaban la esquina.

—¿Su calle? ¿Vive aquí?

Observó con interés la fachada de ladrillo nuevo y caliza, fantásticamente alterada obedeciendo al deseo americano de innovación, pero refrescante y apetecible gracias a sus toldos y maceteros.

—Oh, sí, para estar segura: el Benedick. ¡Qué edificio tan bonito! Creo que nunca lo había visto. —Contempló el edificio de apartamentos con su porche de mármol y fachada pseudogeorgiana—. ¿Cuáles son sus ventanas? ¿Las que tienen los toldos bajados?

—Las del último piso, sí.

—¿Y ese pequeño balconcito es suyo? ¡Qué fresquito parece! Él se detuvo un momento.

—Suba y véalo por sí misma —le sugirió—. Puedo servirle una taza de té en menos de lo que canta un gallo y no se encontrará a nadie aburrido.

Su color se acentuó —aún poseía el arte de sonrojarse cuando debía—, pero aceptó la oferta con la misma simplicidad con la que fue hecha.

—Oh, ¿por qué no? Es muy tentador. Me arriesgaré —declaró.

—Oh, no soy peligroso —dijo él en el mismo tono. Nunca le había gustado tanto como en aquel momento. Sabía que había aceptado sin reparos: él nunca podría ser un factor a tener

en cuenta en sus cálculos, y hubo una sorpresa, algo casi refrescante, en la espontaneidad de su consentimiento.

Se detuvo en el umbral un instante, buscando la llave.

—No hay nadie, pero tengo un sirviente que se supone que viene por las mañanas, y es posible que haya preparado el té y que haya traído un bizcocho.

La escoltó por una entrada pequeña en la que había colgados grabados antiguos. Ella vio las pilas de cartas y notas que se amontonaban en la mesa entre guantes y bastones; después se encontró en una pequeña biblioteca, oscura pero alegre, con paredes de libros, una alfombra turca hermosamente deslustrada, un escritorio lleno de cosas y, como él había predicho, una bandeja de té en una mesita baja junto a la ventana. Se había levantado una ligera brisa, lo que hizo oscilar las cortinas de muselina, trayendo consigo el aroma fresco de las resedas y petunias del macetero que había en el balcón.

Lily se dejó caer con un suspiro en una de las andrajosas sillas de cuero.

—¡Qué maravilloso tener un lugar así solo para usted! Ser mujer es algo terrible. —Se reclinó mostrando abiertamente su descontento.

Selden estaba buscando el bizcocho por los armarios.

—También ha habido mujeres que han sido capaces de disfrutar de los privilegios de un piso —dijo.

—Oh, claro, las institutrices o las viudas, pero no las muchachas pobres, miserables y casaderas.

—Yo conozco a una joven que vive en un piso.

—Ah, ¿sí? —Se sentó bien de un salto, sorprendida.

—Así es —le aseguró, volviendo del armario con el ansiado bizcocho.

—Ah, ya sé, se refiere a Gerty Farish. —Le sonrió con cara de pocos amigos—. Pero le he dicho CASADERAS. Y, además, tiene un piso pequeño y horrible, sin sirvienta, y come cosas rarísimas. Su cocinera es la que lava los platos y la comida sabe a jabón. Yo odiaría eso, ¿sabe?

—No debería comer con ella el día que lava los platos —le dijo mientras cortaba el bizcocho.

Los dos se rieron y él se arrodilló junto a la mesa para encender la lámpara que estaba debajo del hervidor al tiempo que ella llenaba una pequeña tetera esmaltada en verde. Mientras él observaba su mano, pulida como un viejo trocito de marfil, y sus finas uñas pintadas de rosa, y la pulsera de zafiro escurriéndosele por la muñeca, se sorprendió por lo irónico que era sugerirle una vida como la que había elegido su prima, Gertrude Farish. Era de una forma tan evidente víctima de la civilización que la había creado, que los eslabones de su brazaletes parecían esposas que la encadenaban a su destino.

Ella pareció leerle el pensamiento.

—Ha sido horrible por mi parte decir eso de Gerty —dijo con adorable remordimiento—. Se me había olvidado que era su prima. Pero, ya sabe, somos muy diferentes: a ella le gusta ser buena y a mí me gusta ser feliz. Además, ella es libre y yo no. Si lo fuese, me atrevo a decir que me las arreglaría incluso para ser feliz en su piso. Debe de ser absolutamente maravilloso tener los muebles como te dé la gana y tirar a la basura todo lo que sea feo. Si simplemente pudiese reformar el salón de mi tía, sé que sería una mujer mejor.

—¿Tan horrible es? —le preguntó con empatía.

—Su pregunta demuestra lo poco que pasa por allí. ¿Por qué no va más a menudo?

—Cuando voy no lo hago para observar los muebles de la señora Peniston.

—Bobadas —dijo—. No se pasa nunca por allí y, aun así, cuando nos encontramos nos llevamos muy bien.

—Quizás sea por eso —respondió rápidamente—. Me temo que no tengo leche. ¿Querría una rodaja de limón a cambio?

—Preferiría, sí. —Esperó mientras él cortaba el limón y metía una fina rodaja en su taza—. Pero esa no es la razón —insistió.

—¿La razón de qué?

—De que no venga nunca. —Se inclinó hacia delante con una sombra de sorpresa en sus encantadores ojos—. Ojalá lo supiera. Ojalá supiera cómo leerle. Sé, por supuesto, que hay hombres a los que no les gusto, eso se sabe a simple vista. Y que hay otros que me temen porque creen que quiero casarme con ellos —le sonrió con franqueza—. Pero creo que no le disgusto y es imposible que crea que quiero casarme con usted.

—No, la absuelvo al respecto —le confirmó.

—Bien, ¿entonces?

Él se había llevado su taza a la chimenea y estaba apoyado contra la repisa, observándola con un aire de diversión indolente. La provocación en su mirada aumentaba su diversión; no había supuesto que ella malgastaría sus recursos en una jugada tan insignificante, pero quizás seguía practicando, o quizás una joven como ella no podía mantener una conversación que no versase sobre lo personal. En cualquier caso, era increíblemente bonita, y él la había invitado a tomar el té y debía estar a la altura de las circunstancias.

—Bien, entonces —dijo de repente—, quizás ESA SEA la razón.

—¿Cuál?

—Que no quiera casarse conmigo. Quizás no lo vea como un aliciente tan poderoso como para ir a verla. —Al pronunciar aquellas palabras, sintió un ligero estremecimiento en la espina dorsal, pero su risa lo tranquilizó.

—Querido señor Selden, eso no le pega nada. Es estúpido que me corteje y usted no es nada estúpido. —Se reclinó y dio sorbos al té con un aire tan encantadoramente juicioso que, si hubiesen estado en el salón de su tía, él prácticamente podría haber intentado desaprobar su deducción—. ¿No ve que ya hay hombres suficientes que me dicen cosas agradables y que lo que quiero es un amigo que no tema decirme cosas desagradables cuando lo necesite? A veces me hubiese gustado que pudiese ser ese amigo. No sé por qué, salvo porque no es ni un pedante ni un canalla, y porque con usted no necesito fingir ni estar en guardia. —Su tono de voz se había vuelto serio y estaba sentada mirándole con la afligida gravedad de una niña—. No sabe lo muchísimo que necesito un amigo así —añadió—. Mi tía se rige por axiomas de manual, pero se utilizaban para aplicarlos a las conductas de principios de los cincuenta. Siempre he sentido que estar a la altura significaría llevar brocado y mangas pata de cordero. Y las otras mujeres, mis mejores amigas, bueno, me utilizan o se aprovechan de mí; les importa un bledo lo que me pase. Llevo mucho tiempo dando tumbos, la gente se está cansando de mí. Han empezado a decir que debería casarme.

Hubo una pausa durante la que Selden meditó una o dos respuestas calculadas para añadir un poquito de diversión momentánea a la situación, pero prefirió hacerle una pregunta fácil:

—Bueno, ¿y por qué no lo hace?

Ella le sonrió y se rio.

—Oh, ya veo que SÍ ES mi amigo después de todo, puesto que esa es una de las cosas desagradables que estaba reclamando.

—No era mi intención ser desagradable —le respondió amigablemente—. ¿No tiene alma de esposa? ¿Acaso no las educan a todas para serlo?

—Supongo que sí. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? —suspiró.

—Exactamente. Así que ¿por qué no lanzarse y hacerlo? Ella se encogió de hombros.

—Habla como si debiera casarme con el primer hombre que se cruce en mi camino.

—No pretendía sugerir que usted sea tan difícil de emparejar. Pero seguro que hay alguien que cumple con los requisitos. Negó con la cabeza, cansada.

—Rechacé una o dos buenas oportunidades cuando vine por primera vez. Supongo que es algo que hacemos todas, y ya sabe que soy tremendamente pobre y muy cara. Debo de tener mucho, mucho dinero.

Selden se había girado para alcanzar la cajetilla de cigarrillos que había sobre la repisa.

—¿Qué ha sido de Dillworth? —le preguntó.

—Oh, su madre estaba aterrorizada; le daba pavor que volviese a engastar todas las joyas de la familia. Y quería que le prometiese que no reformaría el salón.

—¡Lo único por lo que se casaría!

—Efectivamente. Así que lo envió a la India.

—Mala suerte, pero puede encontrar algo mejor que Dillworth.

Le ofreció la cajetilla y cogió tres o cuatro cigarros; se puso uno en los labios y metió los demás en una cajita de oro que tenía enganchada a una larga cadena de perlas.

—¿Tengo tiempo? Solo unas caladitas, entonces. —Se inclinó hacia delante, sosteniendo la punta de su cigarrillo con la de él. Mientras lo hacía, Selden notó, con una diversión totalmente impersonal, la uniformidad con la que las pestañas negras se posaban sobre los blancos párpados y cómo la sombra morada de sus ojeras se fundía con la palidez de sus mejillas.

Ella empezó a pasearse por la habitación, examinando las estanterías mientras atravesaba las nubes de humo de su cigarrillo. Algunos de los volúmenes estaban perfectamente encuadernados en cuero marroquí, y sus ojos permanecieron largo rato sobre ellos, como acariciándolos con la mirada, no como lo haría un experto, sino recreándose en el placer de aquellos tonos y texturas agradables, pues era una de sus susceptibilidades más íntimas. Su expresión, de repente, pasó del deleite casual a la conjetura activa, y se giró hacia Selden con una pregunta.

—Usted es coleccionista, ¿verdad? ¿Entiende de primeras ediciones y esas cosas?

—Sé tanto como puede saber un hombre que no tiene dinero para gastar. De vez en cuando rescato algo de un montón de basura, y cuando hay ventas grandes suelo ir a echar un vistazo.

Volvió a dirigirse a las estanterías, pero sus ojos pasaban por ellas de forma distraída, y él se dio cuenta de que le preocupaba otra cosa.

—¿Y colecciona libros sobre la historia norteamericana?

—No, eso está fuera de mi alcance. No soy coleccionista como tal, ya ve; solo me gusta tener buenas ediciones de mis libros favoritos.

Ella hizo una ligera mueca.

—Supongo que el material norteamericano es terriblemente aburrido, ¿no?

—Supongo que sí, menos para el historiador. Pero un coleccionista de verdad valora un objeto por su rareza. No creo que los coleccionistas de este tipo de material se queden toda la noche en vela leyéndolos. El viejo Jefferson Gryce no lo hizo, desde luego.

Escuchaba muy atentamente.

—Y aun así consiguen precios fabulosos, ¿no? Resulta muy extraño querer pagar mucho dinero por un libro feo y mal impreso que nunca vas a leer. Y doy por hecho que muchos de los propietarios de material norteamericano tampoco son historiadores, ¿no?

—No, muy pocos historiadores pueden permitírselo. Tienen que usar lo que hay en las bibliotecas públicas o en colecciones privadas. Parece que lo que atrae al coleccionista medio no es más que la simple rareza.

Se había sentado en el brazo de un sillón que estaba cerca de donde estaba ella de pie, y ella siguió haciéndole preguntas, como cuáles eran los volúmenes más extraños, si la colección Jefferson Gryce realmente se consideraba la mejor del mundo, y cuál había sido el precio máximo que se había pagado por un único volumen.

Era tan agradable estar allí sentado observando cómo cogía un libro detrás de otro de las estanterías, pasando las páginas con sus dedos, mientras su perfil inclinado se proyectaba contra el fondo cálido de las viejas encuadernaciones, que siguió hablando sin detenerse ni un momento a cuestionarse su repentino interés en un tema tan poco sugerente. Pero nunca había podido estar mucho tiempo con ella sin intentar averiguar el motivo por el que hacía las cosas, y mientras reemplazaba su primera edición de *La Bruyère* y se alejaba de las estanterías, empezó a preguntarse a dónde quería llevarlo. La siguiente

pregunta no arrojó luz sobre el asunto. Ella se detuvo delante de él con una sonrisa que parecía diseñada para aceptarle en su intimidad y, al mismo tiempo, para recordarle las restricciones que aquello imponía.

—¿Acaso nunca le molesta no ser lo suficientemente rico para comprarse todos los libros que quiere?

Selden siguió la mirada que la señorita Bart estaba dedicando a la habitación, a sus muebles desgastados y a sus paredes raídas.

—¿Que si no me molesta? ¿Me toma por un estilita?

—¿Y le molesta tener que trabajar?

—Oh, el trabajo en sí no es tan malo; me gusta mucho la abogacía.

—No, pero el estar atado, la rutina... ¿No desea nunca escaparse y ver lugares y personas nuevas?

—Muchísimo, sobre todo cuando veo a todos mis amigos corriendo para coger el barco de vapor.

Soltó un suspiro cargado de empatía.

—Pero ¿le molesta lo suficiente como para casarse con el fin de huir de ello?

Selden soltó una carcajada.

—¡No, por Dios! —declaró.

Ella se puso en pie con otro suspiro, lanzando el cigarrillo en la chimenea.

—Ay, ahí está la diferencia: una joven debe, un hombre puede elegir. —Lo observó de forma crítica—. Su abrigo está hecho harapos, pero ¿a quién le importa? No evita que la gente le invite a cenar. Si yo tuviese una apariencia andrajosa, nadie me invitaría. A una mujer se la invita tanto por su ropa como por lo que es. La ropa es el fondo del cuadro, el marco, si lo prefiere; no garantiza el éxito, pero es parte de él. ¿Quién

quiere a una mujer deslucida? Lo que se espera de nosotras es que seamos bonitas y vayamos bien vestidas hasta que caigamos, y que si no podemos mantenerlo, nos casemos.

Selden la miró con diversión. Era imposible, incluso con aquellos encantadores ojos implorándole, ver algo sentimental en su caso.

—Oh, bueno, debe de haber mucho capital interesado en una inversión como esa. Quizás esta noche en casa de los Trenor conozca su destino.

Ella le devolvió la mirada, interrogante.

—Pensé que iría también, oh, no para eso concretamente, claro, pero estarán muchos de su grupo de amigos: Gwen Van Osburgh, los Wheterall, *lady* Cressida Raith, y... George Dorset.

La señorita Bart hizo una pausa antes de pronunciar el último nombre y lanzó una pregunta a través de sus pestañas, pero él se mantuvo imperturbable.

—La señora Trenor me lo pidió, pero no puedo librarme hasta finales de semana y me aburren esas fiestas tan grandes.

—Oh, a mí también —exclamó ella.

—Entonces, ¿por qué va?

—Forma parte de mi trabajo, ¡no se olvide! Y, además, si no lo hiciera, estaría jugando al *bézigue* con mi tía en Richfield Springs.

—Eso es casi tan horrible como casarse con Dillworth —dijo él, y ambos rieron por puro placer en aquella repentina intimidad.

Echó un vistazo al reloj.

—¡Madre mía! Debo irme. Son más de las cinco.

Se detuvo delante de la repisa de la chimenea para observarse en el espejo mientras se ajustaba el velo. Aquella postura revelaba la larga caída de sus delgadas caderas, que le daban una

especie de gracia de bosque silvestre a su contorno, como si fuese una dríade capturada sometida a las convenciones de salón; y Selden pensó que era precisamente aquella cualidad de libertad selvática que había en su naturaleza la que imprimía tal sensación a su artificialidad.

La acompañó de la habitación a la entrada, pero en el umbral ella le ofreció su mano con un gesto de despedida.

—Ha sido delicioso. Ahora tendrá que devolverme la visita.

—Pero ¿no quiere que la acompañe hasta la estación?

—No, despedámonos aquí, por favor.

Dejó que su mano descansase sobre la de él unos instantes mientras le sonreía de un modo adorable.

—Adiós, entonces, ¡y buena suerte en Bellomont! —dijo, abriéndole la puerta.

Se detuvo en el descansillo para mirar a su alrededor. La probabilidad de que se encontrase con alguien era de mil contra una, pero nunca se sabía, y ella siempre pagaba por sus extrañas indiscreciones con una violenta reacción de prudencia. No había nadie a la vista, a excepción de una limpiadora que estaba fregando las escaleras. Su corpulencia y sus cachivaches ocupaban tanto espacio que Lily, al pasar junto a ella, tuvo que recogerse la falda y pegarse a la pared. Mientras lo hacía, la mujer aparcó su tarea y levantó la vista con curiosidad, apoyando sus puños contraídos en el paño mojado que acababa de coger del cubo. Su cara era ancha y cetrina, ligeramente marcada por la viruela, y podía verse su cuero cabelludo, que brillaba de un modo desagradable, a través de su fino pelo de color del trigo.

—Discúlpeme —dijo Lily, intentando que su educación expresase una crítica respecto a los modales de la otra.

La mujer, sin decir palabra, apartó el cubo y siguió mirando a la señorita Bart mientras esta pasaba creando un pequeño

murmullo de ropa de seda. Lily notó que aquella mirada la estaba sonrojando. ¿Qué se creía aquella criatura? ¿Acaso no se podía hacer algo simple, algo totalmente inofensivo, sin ser objeto de alguna odiosa conjetura? En el siguiente rellano, a medio camino, sonrió al darse cuenta de que la mirada de la limpiadora pudiese perturbarle tanto. La pobrecita estaría probablemente sorprendida por tan inesperada aparición. Pero ¿acaso HABÍA muchas apariciones inesperadas en las escaleras de Selden? La señorita Bart desconocía el código moral de los edificios de solterones y volvió a sonrojarse cuando se le ocurrió que la mirada persistente de la mujer pudiera deberse a que estuviese intentando reconocerla de visitas anteriores. Pero dejó a un lado aquel pensamiento, sonrió a sus miedos y se apresuró escaleras abajo, preguntándose si podría encontrar un carruaje para llegar a la Quinta Avenida.

Se detuvo de nuevo bajo el porche georgiano, escaneando la calle en busca de un cabriolé. No había ninguno a la vista, pero justo cuando llegaba a la acera se encontró con un hombre pequeño y de apariencia lustrosa con una gardenia prendida en su abrigo, quien levantó su sombrero con una exclamación de sorpresa.

—¿Señorita Bart? Vaya, ¡qué suerte la mía encontrarme con usted y no con cualquier otra persona! —declaró, y ella entrevió un resquicio de curiosidad entre sus labios arrugados.

—Oh, señor Rosedale, ¿cómo está usted? —dijo, percibiendo que el enfado irreprimible de su cara se reflejaba en la repentina intimidad de la sonrisa de él.

El señor Rosedale se quedó delante de ella, observándola con interés y aprobación. Era un hombre rechoncho, rosado, un tipo judío y rubio, que vestía ropa elegante de Londres con la que parecía un tapizado, y unos ojos que miraban de soslayo,

por lo que tenía aires de estar siempre escudriñando a la gente como si fuesen curiosidades. Levantó la mirada, interrogante, hacia el porche del Benedick.

—Supongo que ha venido a la ciudad para hacer alguna compra —dijo con un tono que tenía la familiaridad de una caricia.

La señorita Bart se estremeció ligeramente y después se entregó a dar unas explicaciones un tanto precipitadas.

—Sí, he venido a ver a mi modista. Voy de camino a coger el tren para ir a casa de los Trenor.

—Ah, a su modista —dijo sin gracia—. No sabía que hubiese modistas en el Benedick.

—¿El Benedick? —Estaba levemente sorprendida—. ¿Así se llama este edificio?

—Sí, así se llama. Creo que es un viejo término para soltero, ¿no es así? Resulta que este edificio es de mi propiedad, por eso lo sé. —Su sonrisa se intensificó cuando añadió con una creciente seguridad—. Pero debe permitirme llevarla a la estación. Los Trenor están en Bellomont, ¿verdad? Va a llegar justa para coger el tren de las cinco cuarenta. Su modista la ha tenido esperando, supongo.

Su ironía tensó a Lily.

—Oh, gracias —balbuceó, y en ese momento vio un cabriolé pasando por Madison Avenue, y lo detuvo con un gesto desesperado.

—Es usted muy amable, pero no querría molestarle —dijo ofreciéndole la mano al señor Rosedale. E, ignorando sus protestas, partió rauda y veloz hacia el vehículo de rescate y, casi sin aliento, le dio instrucciones al conductor.

Capítulo 2

En el cabriolé se echó hacia atrás con un suspiro.

¿Por qué una joven debe pagar un precio tan alto por la más mínima escapada de la rutina? ¿Por qué no podía hacer algo de forma natural sin tener que ocultarse tras una estructura artificial? Había cedido al impulso pasajero de ir al piso de Lawrence Selden, y era tan poco habitual que podía permitirse el lujo de seguir sus impulsos. En cualquier caso, iba a pagar por ello un precio más alto del que podía permitirse. Se enfadó mucho cuando se dio cuenta de que, a pesar de haberse pasado tantos años en alerta, había metido la pata dos veces en menos de cinco minutos. La historia estúpida sobre la modista ya era lo suficientemente mala. Hubiese sido tremendamente fácil decirle a Rose-dale que había estado tomando el té con Selden. El simple hecho de mencionarlo lo hubiese convertido en algo inocuo. Pero, tras haber permitido que la pillasen en una mentira, era doblemente estúpido desdeñar al testigo de su turbación. Si hubiese tenido la claridad mental de permitir que Rosedale la llevase a la estación, la concesión quizás hubiese comprado su silencio. Contaba con

la precisión de su raza para la apreciación de valores, y ser visto caminando por un andén abarrotado, por la tarde, en compañía de la señorita Bart hubiese sido de lo más lucrativo, como él mismo hubiese dicho. Él sabía, por supuesto, que se iba a celebrar una gran fiesta en Bellomont, y la posibilidad de asistir como uno de los invitados de la señora Trenor estaba incluida en sus cálculos, sin duda. El señor Rosedale aún se encontraba en los primeros peldaños de su ascenso social, por lo que provocar tales impresiones era de suma importancia.

Lo más irritante, sin embargo, era que Lily lo sabía; sabía lo fácil que hubiese sido silenciarlo de inmediato, y lo difícil que sería hacerlo más adelante. El señor Simon Rosedale era un hombre que había tomado como propia la tarea de saberlo todo de todos, un hombre que para aparentar que se sentía cómodo en la sociedad creía necesario mostrar una familiaridad de lo más desagradable con los hábitos de aquellos con los que deseaba que el resto creyese que era íntimo. Lily estaba segura de que en las próximas veinticuatro horas la historia de la visita a su modista en el Benedick estaría circulando entre los conocidos del señor Rosedale. Lo peor de todo es que siempre lo había despreciado e ignorado. En su primera aparición —cuando su descuidado primo, Jack Stepney, le había conseguido (como pago a unos favores que eran demasiado fáciles de intuir) acceso a una de las enormes e impersonales multitudes de Van Osburgh—, Rosedale, con esa mezcla de sensibilidad artística y astucia para los negocios que caracterizaba a los de su clase, había gravitado hacia la señorita Bart de inmediato. Ella entendió sus motivos, porque su carrera también estaba trazada por cálculos precisos. El entrenamiento y la experiencia le habían enseñado a ser hospitalaria con los recién llegados, porque incluso los menos prometedores podían ser útiles más adelante, y había muchas

mazmorras subterráneas disponibles para tragárselos si no lo eran. Pero una repugnancia intuitiva, obtenida tras años de disciplina social, le había hecho empujar al señor Rosedale a su mazmorra sin darle ninguna oportunidad. Él únicamente había dejado atrás el murmullo de risitas que su marcha precipitada había causado entre los amigos de la señorita Bart; y aunque más adelante (por cambiar de metáfora) reapareció río abajo, fue únicamente en destellos fugaces, con grandes sumergimientos entre medias.

Hasta el momento, los escrúpulos no iban con Lily. El señor Rosedale había sido declarado como «imposible» entre sus amigos, y habían reprendido duramente a Jack Stepney por su intento de pagar sus deudas invitándolo a cenar. Incluso la señora Trenor, cuyo gusto por la variedad la había llevado a unos cuantos experimentos arriesgados, se resistía a los intentos de Jack por vender al señor Rosedale como una novedad, y declaró que, si su memoria no le fallaba, era el mismo pequeño judío al que habían servido y rechazado en el consejo social una docena de veces; y aunque Judy Trenor era obstinada, había una pequeña oportunidad de que el señor Rosedale consiguiese penetrar más allá del limbo exterior de las multitudes de los Van Osburgh. Jack abandonó la lucha con un sonriente «ya veremos» y, manteniéndose en sus trece, se dejó ver con Rosedale en restaurantes de moda en compañía de señoritas llamativas y socialmente oscuras que siempre están disponibles para tales propósitos. Pero el intento no había sido del todo satisfactorio y como Rosedale pagaba indiscutiblemente sus cenas, su deudor se convirtió en un auténtico hazmerreír.

El señor Rosedale, como se verá, ya no era un factor al que temer, siempre y cuando no se lo pusieras en bandeja. Y eso era precisamente lo que la señorita Bart había hecho. Su mentirijilla